

Compromiso del día 28

Leer y meditar el siguiente texto:

Santa Teresa de Jesús y la Virgen María

Desde la primera página de los escritos teresianos aparece la Virgen entre los recuerdos más importantes de la niñez de Teresa; es el recuerdo de la devoción que su madre Doña Beatriz le inculcaba y que ejercitaba con el rezo del Santo Rosario; es conmovedor el episodio de su oración a la Virgen cuando pierde su madre Doña Beatriz, a la edad de 13 años: *“Afligida fuíme a una imagen de nuestra Señora y suplicaba fuese mi madre con muchas lágrimas. Parecíame que aunque se hizo con simpleza me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella, y, en fin, me ha tornado a sí”*. La Santa atribuye, pues, a la Virgen, la gracia de una protección constante y de manera especial la gracia de su conversión: *“me ha tornado a sí”*. En sus escritos queda patetente su gran devoción mariana, y su predilección por la oración del Santo Rosario.

Según el testimonio de María de San José, monja de su época, la santa con mucha frecuencia *“repetía en voz baja y en lenguaje castellano”* la oración del Magnificat.

Contempló con estupor toda la vida del Señor junto a su Santísima Madre. Profundizando en el misterio de la Encarnación y de la presencia de Jesús Eucaristía dentro de nosotros, dice: *“Quiso Dios caber en el vientre de su Sacratísima Madre. Como es Señor, consigo trae la libertad, y como nos ama, se hace a nuestra medida”*. Meditando en la Presentación de Jesús en el templo, se le apareció el Señor, quien le reveló el sentido de las palabras de Simeón a la Virgen *“No pienses cuando ves a mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin graves tormentos. Desde que le dijo Simeón aquellas palabras, la dio mi Padre clara luz para que viese lo que yo había de padecer”*. También meditó en la huida a Egipto, y sobre todo, en la vida oculta de la Sagrada Familia.



En varias ocasiones ha podido contemplar el misterio de la glorificación de la Virgen en la fiesta de su Asunción gloriosa. Tiene conciencia de que la Virgen acompaña con su intercesión constante.

Cuando en una altísima experiencia mística de le da a conocer el misterio de la Trinidad percibe la cercanía de la Virgen en este misterio y el hecho de que la Virgen, con Cristo y el Espíritu Santo son un don inefable del Padre, quien un día le dijo: *“Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a la Virgen. ¿Qué me puedes dar tu a mi?”*

Podemos afirmar que entre las virtudes características de la Virgen que Santa Teresa propone a la imitación, hay una que las resume todas: María es la primera cristiana, la discípula del Señor, la seguidora de Cristo hasta el pie de la Cruz. Es el modelo de una adhesión total a la Humanidad de Cristo y a la comunión con El en sus misterios, de manera que Ella es el modelo de una contemplación centrada en la Sacratísima Humanidad. *“Parezcámonos en algo a la gran humildad de la Virgen Santísima”*; la actitud de humilde contemplación y de estupor ante las maravillas de Dios y el total asentimiento a su voluntad.

Su presencia acompaña todo nuestro camino de vida espiritual, como si cada gracia y cada momento crucial de madurez en la vida cristiana y religiosa tuvieran que ver con la presencia activa de la Madre en el camino de sus hijas. Así la Virgen aparece activamente presente en toda la descripción que la Santa hace del itinerario de la vida espiritual en el Castillo Interior: es la Virgen que intercede por los pecadores cuando a ella se encomiendan. Es ejemplo y modelo de todas las virtudes, para que con sus méritos y con sus virtudes pueda servir de aliento su memoria en la hora de la conversión definitiva. Es el modelo de las almas perfectas y la Madre en la que todas las gracias se resumen en su comunión con Cristo en el *“mucho padecer”*: *“Siempre hemos visto que los que mas cercanos anduvieron a Cristo nuestro Señor fueron los de mayores trabajos: miremos los que pasó su gloriosa Madre y sus gloriosos apóstoles”*. Por eso dice que la memoria de Cristo y de la Virgen, en la celebración litúrgica de sus misterios, nos acompaña y fortalece.